

# Victoria a través de la sangre

“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Apocalipsis 12:1-11).

Durante miles de años había habido un poderoso conflicto por la posesión de la humanidad, entre la Serpiente Antigua, que extravió al hombre, y “la simiente de la mujer”.

A menudo parecía como si el reino de Dios hubiera llegado con poder; pero otras veces el poder del mal obtenía tal supremacía que la lucha parecía desesperada.

Así fue también en la vida de nuestro Señor Jesús. Con su venida, con sus maravillosas palabras y obras, se despertaron las más gloriosas expectativas de una redención rápida. ¡Cuán terrible fue la desilusión que la muerte de Jesús trajo a todos los que habían creído en Él! Parecía, en verdad, como si los poderes de las tinieblas hubieran vencido y hubieran establecido su reino para siempre.

Pero, ¡he aquí! Jesús ha resucitado de entre los muertos, una aparente victoria que resultó ser la terrible caída del príncipe de las tinieblas. Al provocar la muerte del “Señor de la Vida”, Satanás permitió que Él, el único que era capaz de abrir las puertas de la muerte, entrara en su reino. “Por medio de la muerte destruyó al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo”. En ese momento santo cuando nuestro Señor derramó Su sangre en la muerte, y parecía que Satanás había salido victorioso, el adversario fue despojado de la autoridad que había poseído hasta entonces.

Nuestro texto ofrece una magnífica representación de estos memorables acontecimientos. Los mejores comentaristas, a pesar de las diferencias en los detalles de la exposición, coinciden en pensar que tenemos aquí una visión de la expulsión de Satanás del cielo, como resultado de la Ascensión de Cristo.

Leemos en los versículos 5-9: “La mujer dio a luz un hijo varón, el cual... fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono... Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”.

Luego sigue el cántico del cual está tomado el texto: “Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos lo han vencido por medio de la *sangre del Cordero* y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos”.

El punto que merece nuestra atención especial es que, mientras que la conquista de Satanás y su expulsión del cielo se representan primero como el resultado de la Ascensión de Jesús y la guerra en el cielo que siguió, sin embargo, en el canto de triunfo que se escuchó en el cielo, la victoria se atribuye principalmente a *la Sangre del Cordero* ; este fue el poder por el cual se obtuvo la victoria.

A lo largo de todo el libro del Apocalipsis vemos al Cordero en el Trono. Es como el Cordero inmolado que Él ha ganado esa posición; *la victoria sobre Satanás y toda su autoridad es por la Sangre del Cordero* .

Hemos hablado de la sangre en sus múltiples efectos; es apropiado que busquemos entender cómo es que la victoria siempre se atribuye a *la Sangre del Cordero* .

Consideraremos la victoria:

- I. Como ganado de una vez por todas.**
- II. Como algo que siempre se lleva a cabo.**
- III. Como uno en el que tenemos una parte.**

## **I. La victoria que se obtuvo de una vez por todas**

En la exaltada representación que se da en nuestro texto vemos qué alta posición ocupaba en otro tiempo Satanás, el gran enemigo de la raza humana. Tenía entrada en el cielo y aparecía allí como acusador de los hermanos y como oponente de todo lo que se hacía en favor del pueblo de Dios.

Sabemos cómo se enseña esto en el Antiguo Testamento. En el libro de Job vemos a Satanás venir, con los Hijos de Dios, para presentarse ante el Señor; y obtener permiso de Él para tentar a Su siervo Job (Job 2). En el libro de Zacarías (3.1 y 2) leemos que vio "a Josué el sumo sacerdote de pie delante del ángel del Señor, y a Satanás de pie a su diestra para resistirle" (RV, "ser su adversario"). Luego está la declaración de nuestro Señor, registrada en Lucas 10:18: "Vi a Satanás caer del cielo como un rayo". Más tarde, en Su agonía del alma, al sentir de antemano Sus sufrimientos inminentes, dijo: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Juan 12:32).

A primera vista, puede parecer extraño que las Escrituras representen a Satanás como estando en el cielo; pero para entender esto correctamente es necesario recordar que el cielo no es una morada pequeña y limitada, donde Dios y Satanás tenían relaciones como vecinos. El cielo no es una esfera ilimitada, con muchas divisiones diferentes, llena de innumerables huestes de ángeles, que llevan a cabo la voluntad de Dios en la naturaleza. Entre ellos, Satanás también tenía un lugar. Entonces, recuerden, él no es representado en las Escrituras como la figura negra y espantosa en apariencia externa como generalmente se lo pinta, sino como "un ángel de luz". Era un príncipe, con diez mil siervos.

Cuando Satanás provocó la caída del hombre y se entregó a sí mismo el mundo y se convirtió en su príncipe, tenía autoridad real sobre todo lo que había en él. El hombre había sido destinado a ser rey de este mundo, porque Dios había dicho: "Ten autoridad". Cuando Satanás conquistó al rey, tomó todo su reino bajo su autoridad; y esta autoridad fue reconocida por Dios. Dios, en Su santa voluntad, había ordenado que si el hombre escuchaba a Satanás, debía sufrir las consecuencias y quedar sujeto a su tiranía. Dios nunca usó Su poder ni ejerció fuerza en este asunto, sino que siempre tomó el camino de la Ley y el Derecho; y así Satanás retuvo su autoridad hasta que se la quitaron de una manera legal.

Esta es la razón por la cual pudo presentarse ante Dios en el cielo, como acusador de los hermanos y en oposición a ellos durante los 4.000 años del Antiguo Pacto.

Él había obtenido autoridad sobre toda carne, y sólo después de ser conquistado *en la carne, como la esfera de su autoridad*, pudo ser expulsado para siempre, como acusador, de la Corte del Cielo.

Así también el Hijo de Dios tuvo que venir *en carne* , para luchar y vencer a Satanás, en su propio terreno.

Por esta razón también, al comienzo de su vida pública, nuestro Señor, después de su unción, siendo así reconocido abiertamente como el Hijo de Dios, “fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo”. La victoria sobre Satanás pudo obtenerse sólo después de que Él personalmente hubiera soportado y resistido sus tentaciones.

Pero esta victoria no fue suficiente. Cristo vino para “destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo”. El diablo tenía ese poder de muerte a causa de la Ley de Dios. Esa ley lo había instalado como carcelero de sus prisioneros. La Escritura dice: “El aguijón de la muerte es el pecado, y el *poder del pecado es la ley*”. La victoria sobre Satanás y la expulsión de él no podían tener lugar hasta que las justas demandas de la ley se cumplieran perfectamente. El pecador debe ser liberado del poder de la ley, antes de que pueda ser liberado de la autoridad de Satanás.

Fue por medio de su muerte y el derramamiento de su sangre que el Señor Jesús cumplió las exigencias de la ley. La ley había estado declarando incesantemente que “la paga del pecado es muerte”; “el alma que pecare, morirá”. Por medio del ministerio típico del templo, por medio de los sacrificios con el derramamiento y la aspersion de sangre, la ley había predicho que *la reconciliación y la redención* sólo podían tener lugar por el derramamiento de sangre. Como nuestro Fiador, el Hijo de Dios nació bajo la ley. La obedeció perfectamente. Resistió las tentaciones de Satanás de sustraerse a su autoridad. Se entregó voluntariamente para soportar el castigo del pecado. No prestó oídos a la tentación de Satanás de rechazar la copa del sufrimiento. Cuando derramó su sangre, había consagrado toda su vida, hasta el fin mismo, al cumplimiento de la ley. Cuando la ley se hubo cumplido así perfectamente, la autoridad del pecado y de Satanás llegó a su fin. Por lo tanto, la muerte no pudo retenerlo. “Mediante la sangre del pacto eterno”, Dios lo resucitó de entre los muertos. Así también él “entró en el cielo por su propia sangre”, para hacer efectiva su *reconciliación* por nosotros.

El texto nos da una descripción sorprendente del resultado glorioso de la aparición de nuestro Señor en el cielo. Leemos acerca de la mujer mística: “Ella dio a luz un hijo varón, que había de regir a todas las naciones con vara de hierro, y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono... Hubo una guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón; y lucharon el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; y fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”. Luego sigue el canto de victoria en el que aparecen las palabras de nuestro texto: “Ellos le han vencido por medio de la *sangre del Cordero*”.

**En el libro de Daniel leemos acerca de un conflicto previo entre este Miguel, que estaba del lado del pueblo de Dios, Israel, y las potencias mundiales que se oponían a él. Pero sólo ahora Satanás puede ser expulsado por causa de la sangre del Cordero. La reconciliación por el pecado y el cumplimiento de la ley le han quitado toda su autoridad y derecho. La sangre, como ya hemos visto, que había hecho cosas tan maravillosas en el cielo, con Dios, al borrar el pecado y reducirlo a nada, tenía un poder similar sobre Satanás. Ahora ya no tiene ningún derecho a acusar. “Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo, porque el acusador de nuestros hermanos ha sido lanzado fuera... Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero.”**

## **II. Hay una victoria progresiva: que sigue a esta primera victoria**

Habiendo sido arrojado Satanás a la Tierra, la victoria celestial ahora debe llevarse a cabo aquí.

Esto se indica en las palabras del Cántico de Victoria: “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”. Esto se dijo principalmente en relación con “los hermanos” mencionados, pero también se refiere a la victoria de los ángeles. La victoria en el cielo y en la tierra avanza simultáneamente, apoyándose en el mismo terreno.

Sabemos por la porción de Daniel ya mencionada (Dan. 10:12, 13) qué comunión existe entre el cielo y la tierra en la realización de la obra de Dios. Tan pronto como Daniel oró, el ángel se puso en acción, y las tres semanas de lucha en los lugares celestiales, fueron tres semanas de oración y ayuno en la tierra. El conflicto aquí en la tierra es el resultado de un conflicto en la región invisible de los lugares celestiales. Miguel y sus ángeles, así como los hermanos en la tierra, obtuvieron la victoria “por la sangre del Cordero”.

En el capítulo doce del Apocalipsis se nos enseña claramente cómo el conflicto fue trasladado del cielo a la tierra. “¡Ay de los moradores de la tierra!”, exclamó la voz del cielo, “porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. “Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón”.

La mujer no significa nada más que la iglesia de Dios, de la cual nació Jesús: cuando el diablo ya no pudo hacerle daño, persiguió a su iglesia. Los discípulos de nuestro Señor y la iglesia de los primeros tres siglos tuvieron experiencia de esto. En las sangrientas persecuciones en las que cientos de miles de cristianos perecieron como mártires, Satanás hizo todo lo posible para llevar a la iglesia a la apostasía, o para erradicarla por completo; pero en su sentido pleno, la declaración de que “ellos han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” se aplica a los mártires.

Después de siglos de persecución, vinieron a la iglesia siglos de descanso y prosperidad mundana. Satanás había intentado la fuerza en vano. Con el favor del mundo podría haber tenido más éxito. En la iglesia conformada al mundo todo se volvió cada vez más oscuro, hasta que en la Edad Media la apostasía romana alcanzó su clímax. Sin embargo, durante todas estas épocas no fueron pocos los que, en medio de la miseria circundante, pelearon la batalla de la fe, y por la piedad de sus vidas y su testimonio por el Señor, se estableció a menudo la afirmación: “Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”.

Éste no fue menos que el poder secreto por el cual, mediante la bendita Reforma, se derribó la poderosa autoridad que Satanás había obtenido en la iglesia. “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”. Fue el descubrimiento, la experiencia y la predicación de la gloriosa verdad de que somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre”, lo que dio a los Reformadores tan maravilloso poder y tan gloriosa victoria.

Desde los días de la Reforma, todavía es evidente que, en la medida en que se glorifica la sangre del Cordero, la iglesia se inspira constantemente en una nueva vida para obtener la victoria sobre la muerte o el error. Sí, incluso en medio de los paganos más salvajes, donde el trono de Satanás ha permanecido inalterado durante miles de años, ésta sigue siendo el arma con la que su poder debe ser destruido. La predicación de “la sangre de la cruz” como la *reconciliación* por el pecado del mundo y el fundamento del amor gratuito y perdonador de Dios, es el poder por el cual el corazón más oscurecido se abre y se ablanda, y de ser una morada de Satanás se convierte en un templo del Altísimo.

Lo que es útil para la iglesia, también lo es para cada cristiano. En “la sangre del Cordero”, siempre se obtiene la victoria. Cuando el alma está convencida del poder que esa sangre tiene con Dios, en el cielo, para efectuar una *reconciliación perfecta* y borrar el pecado; para despojar al diablo de su autoridad sobre nosotros completamente y para siempre; para obrar en nuestros corazones una plena seguridad del favor de Dios; y para destruir el poder del pecado. Es, digo, cuando el alma vive en el poder de la sangre, que las tentaciones de Satanás dejan de atraparnos.

Donde se rocía la sangre santa del Cordero, allí mora Dios y Satanás es puesto en fuga. En el cielo, en la tierra y en nuestros corazones, es válida esta palabra como anuncio de una *victoria progresiva* : “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”.

### **III. También nosotros odiamos tener parte en esta victoria, si somos contados entre aquellos que han sido limpiados “en la sangre del Cordero”.**

Para disfrutar plenamente de esto debemos prestar atención a los siguientes hechos:

#### ***i. No puede haber victoria sin conflicto .***

Debemos reconocer que vivimos en territorio enemigo. Lo que fue revelado al apóstol en su visión celestial debe ser válido en nuestra vida diaria. Satanás ha sido arrojado a la tierra, tiene gran ira porque tiene poco tiempo. Ahora no puede alcanzar a Jesús glorificado, pero trata de alcanzarlo atacando a su pueblo. Debemos vivir siempre bajo la santa conciencia de que estamos vigilados, a cada momento, por un enemigo de astucia y poder inimaginables; que no se cansa de esforzarse por ponernos totalmente, o incluso parcialmente, por poco que sea, bajo su autoridad. Él es literalmente “el príncipe de este mundo”. Todo lo que hay en el mundo está dispuesto a servirle, y él sabe cómo hacer uso de ello en sus intentos de llevar a la iglesia a ser infiel a su Señor; e inspirarla con su espíritu, el espíritu del mundo.

Él se sirve, no sólo de las tentaciones hacia lo que comúnmente se considera pecado, sino que sabe cómo entrar en nuestros compromisos y negocios terrenales; en la búsqueda de nuestro pan de cada día y de las cosas necesarias; en nuestra política; en nuestras combinaciones comerciales; en nuestra literatura y ciencia; en nuestro conocimiento; y en todas las cosas, y, así, hacer de todo lo que es lícito en sí mismo una herramienta para impulsar sus engaños diabólicos.

El creyente que desea participar de la victoria sobre Satanás “por la sangre del Cordero” debe ser un luchador. Debe esforzarse por comprender el carácter de su enemigo. Debe permitir que el Espíritu le enseñe por medio de la Palabra cuál es la astucia secreta de Satanás, que en las Escrituras se llama “las profundidades de Satanás”, por las cuales tan a menudo ciega y engaña a los hombres. Debe saber que esta lucha no es contra carne y sangre, sino contra principados, “contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:10). Debe dedicarse, de todas las maneras y a cualquier precio, a continuar la lucha hasta la muerte. Sólo entonces podrá unirse al canto de victoria: “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”.

#### ***ii. La victoria es por medio de la fe .***

“Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (Juan 5:11-15). “Tened ánimo”, dijo nuestro Señor Jesús, “yo he vencido al mundo”. Satanás es ya todo enemigo



vencido. No tiene nada, absolutamente nada por derecho, que decir a quien pertenece al Señor Jesús. Por incredulidad, por ignorancia o por dejar de lado el hecho de que tengo una participación en la victoria de Jesús, puedo darle a Satanás, nuevamente, una autoridad sobre mí que de otra manera no poseería. Pero cuando sé, por una fe viva, que soy uno con el Señor Jesús, y que el Señor mismo vive en mí, y que Él mantiene y continúa en mí esa victoria que Él ganó, entonces Satanás no tiene poder sobre mí. La victoria "por medio de la sangre del Cordero" es el poder de mi vida.

Sólo esta fe puede inspirar valor y alegría en la lucha. Al pensar en el terrible poder del enemigo, en su vigilancia incesante, en la manera en que ha tomado posesión de todo lo que hay en la tierra para tentarnos, bien podría decirse -como piensan algunos cristianos- que la lucha es demasiado severa; que no es posible vivir siempre bajo tal tensión; que la vida sería imposible. Esto es perfectamente cierto si nosotros, en nuestra debilidad, tuviéramos que enfrentarnos al enemigo o ganar la victoria por nuestras propias fuerzas. Pero eso no es lo que estamos llamados a hacer. *Jesús es el Vencedor* ; por lo tanto, sólo necesitamos tener nuestras almas llenas de la visión celestial de Satanás siendo expulsado del cielo por Jesús; llenas de fe en la sangre por la que Jesús mismo venció, y de fe en que Él mismo está con nosotros, para mantener el poder y la victoria de Su sangre: entonces también "somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó".

iii. *Esta victoria de la fe está en comunión con La Sangre del Cordero .*

La fe no es meramente un pensamiento al que me aferro, una convicción que me posee; es una vida. La fe pone al alma en contacto directo con Dios y con las cosas invisibles del cielo, pero sobre todo, con la sangre de Jesús. *No es posible creer en la victoria sobre Satanás por la sangre sin estar yo mismo completamente bajo su poder .*

La creencia en el poder de la sangre despierta en mí el deseo de experimentar su poder en mí mismo; cada experiencia de su poder hace más fuerte la creencia en la victoria.

Procurad entrar más profundamente en la perfecta *reconciliación con Dios* que es vuestra. Vivid constantemente ejercitando la fe en la seguridad de que "la sangre limpia de todo pecado"; entrégate a ser santificado y acercado a Dios por medio de la sangre; dejad que ella sea vuestro alimento vivificante y vuestra dote. De este modo tendréis una experiencia ininterrumpida de victoria sobre Satanás y sus tentaciones. El que, como sacerdote consagrado, camina con Dios, gobernará como rey conquistador sobre Satanás.

Creyentes, nuestro Señor Jesús por su sangre nos ha hecho no sólo sacerdotes sino reyes para Dios, para que podamos acercarnos a Dios no sólo en pureza y ministerio sacerdotal, sino también para que con poder real podamos gobernar a Dios. Un espíritu real debe inspirarnos; un valor real para gobernar a nuestros enemigos. La

**sangre del Cordero debe ser cada vez más una señal y un sello, no sólo de *reconciliación* por toda culpa, sino de victoria sobre todo el poder del pecado.**

**La resurrección y ascensión de Jesús, y la expulsión de Satanás, fueron el resultado del derramamiento de su sangre. En ti también, la aspersion de la sangre —abrirá el camino para el pleno goce de la resurrección con Jesús, y de estar sentado con Él en los lugares celestiales.**

**Os ruego, pues, una vez más que abráis todo vuestro ser a la entrada del poder de la sangre de Jesús, para que vuestra vida se convierta en una continua observancia de la Resurrección y Ascensión de nuestro Señor, y en una continua victoria sobre todos los poderes del infierno. Vuestro corazón también se unirá constantemente al canto del cielo: «Ahora ha venido la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de los hermanos... Lo han vencido por la sangre del Cordero» (Ap. 11, 10, 11).**